

FA. P. 000 005.594

S. H. M.

Dep.

218/5

LEGADO
DE
DON M. PIORNO

EL CONCILIADOR

DE LA OPINION PÚBLICA.

DIÁLOGO FAMILIAR ENTRE DOS ABOGADOS

D. JUSTO Y D. LIBORIO.

*Y pues no vitupero
Señaladas personas,
Quien haga aplicaciones,
Con su pan se lo coma.*

Iriart. Fábai.

D. J. Felices, amigo D. Liborio, ¿cómo vá?

D. L. No mui bien.

D. J. Me alegro. ¿Con que ello es que siempre he de encontrar á vm. con ese ayre melancólico y ese maldito gesto de vinagre? Al mal día, buena cara. Anímese vm. y dexé rodar la bola, que ella parará.

D. L. Señor Don Justo, vm. tendrá razon; pero yo no puedo mirar con esa frescura los graves males que afligen á mi Patria.

D. J. ¿Pues qué diablos de males teme vm. ahora? ¿No ha oído vm. esas noticias del Norte?...

D. L. Sí señor: eso bueno es, mui bueno; pero...

D. J. ¿Pero qué? ve aquí el hombre. Hace un año creía vm. satisfechos sus deseos con que respirásemos libres de franceses, y hoi que repetidas victorias conseguidas por los aliados pa-

rece que aseguran nuestra independencia ; ya quisiera vm. otra cosa.

D. L. Perdona vm., que mis deseos siempre han sido los mismos. Esperaba que sacudido el yugo extranjero, un Gobierno sabio y paternal cicatrizase las profundas llagas que ha abierto esta guerra desoladora en todas las clases del Estado. ¡Mas cuánto me he engañado en mis esperanzas!

D. J. ¡Dále con el Gobierno! Por Dios déxelo vm. en paz, que harto le muelen los huesos en la plaza, en los cafés, y aun en las tabernas. El Gobierno, señor Don Liborio, es lo mismo que un médico, que no siempre tiene la culpa de que se mueran los enfermos. Unas veces porque el paciente resiste el uso de ciertas medicinas, otras porque los boticarios y enfermeros las preparan o administran mal, y otras porque la enfermedad es incurable, lo cierto es, y ¡ojalá no fuera tan cierto! que por diestro que sea el facultativo, la pícara muerte se burla mil veces de sus aforismos y pronósticos. Haga vm. la aplicacion, y verá como no es precisamente el Gobierno la causa de los males que experimentamos.

D. L. ¿Cómo no? ¿Quando el ejército desfallece, quando la administracion de Hacienda y de Justicia carecen de sistema, y lo que peor es, quando en vez de estar unidos todos los ciudadanos por unos mismos sentimientos, nos vemos atrozmente divididos por opiniones que debian haber sido sufocadas en su origen, quiere vm. que no culpe al Gobierno?

D. J. Ríase vm. de eso: repito que no tiene la culpa, y estoi por añadir que las cosas no pueden ir mejor de lo que van.

D. L. ¡Dichoso vm. que vive contento en medio del desórden!

D. J. ¡Oh! no tanto; pero me acaloro ménos que vm. porque le contemplo inevitable.

D. L. ¿Con que entónces no hai sino callar y dexarse arrastrar de un fatalismo político que nos conduzca ciegamente á un horrible despotismo, ó á una completa disolucion?

D. J. Triste recurso es; pero necesario en esta clase de enfermedades. Amigo mio, sin costumbres, sin luces, sin espíritu patriótico, ¿qué podia vm. prometerse de nosotros? Ignorancia, ú egoismo; no encontrará vm. mas.

D. L. No tanto, señor Don Justo: vm. opinará como quiera; pero yo no he formado una idea tan injuriosa de mis conciudadanos. Si no son sabios, les creo al ménos honrados; y sobradas pruebas han dado de odio al usurpador, para que pueda yo dexar de concederles las virtudes patrióticas que vm. les niega.

D. J. ¡Virtudes patrióticas! ¡ah! ¡ah!

D. L. ¿Se ríe vm.?

D. J. ¡Pues no me he de reír! Si da vm. crédito á todo lo que oye, como los maridazos de buenas tragaderas, no estrañaré que le embauquen algunos charlatanes. Pero vamos, el asunto es serio, y merece alguna discusion. Fixemos primero el sentido de las palabras. ¿Qué entiende vm. por patriotismo, porque esta voz como la de traidor han tenido en la época presente una acepcion mui vaga?

D. L. Por patriotismo entiendo *una virtud que consiste en sacrificar voluntariamente y sin esperanza de recompensa el reposo, los bienes, y aun la vida en defensa ó utilidad de la Patria.*

D. J. ¡Brabo! Pues bien, prescindamos ahora de

aquellos primeros momentos de calor, en que cada español se creyó vilmente engañado en la persona de su amado Rei. Aquel calor se disipó como los fuegos fatuos; ni tampoco podía ménos de suceder así por la naturaleza misma de las cosas. En los primeros siglos del cristianismo se contaban los mártires á millares; pero hoy ¡Dios nos libre de una persecucion! Tenemos mucho amor á nuestras carnes. Lo mismo proporcionalmente sucede en las convulsiones políticas. Con que vamos, ¿quántos verdaderos patriotas conoce vm. ahora? Yo apuesto á que por bien que se estire la cuerda, no llegan á una docena.

D. L. ¿Pues qué tantos beneméritos soldados y oficiales que están derramando su preciosa sangre en defensa de nuestra libertad, no merecerán entrar en el número?

D. J. ¡Qué! No señor: esta guerra se ha hecho ya guerra de gobierno. El soldado va porque le llevan, y el oficial busca sus ascensos; además de que, hablemos claros, ¿qué diablos de patriotismo quiere vm. encontrar en gentes que ni comen, ni visten, ni cobran? Por eso no se concluye el alistamiento; y por eso no se agotan, ni llevan trazas de agotarse jamás las reclamaciones y protestas. Otro tanto digo de las partidas de guerrilla, que aunque formadas en gran parte de voluntarios, no se componian ciertamente de héroes que ardiesen en deseo de batirse con el enemigo, y de verter gustosos su sangre en las aras de la Patria. La licencia convidaba á la desercion, y hervían por todas partes guerrilleros, mientras en el ejército apenas habia completo un regimiento. El interés les sugirió este género de vida, que en verdad no era del todo mala.

D. L. ¡Por cierto vida envidiable! Siempre en alarma, con riesgo á cada momento de ser sorprendidos, y de morir ignominiosamente en un cadahalso.

D. J. Yo le diré á vm. No hai atajo sin trabajo; pero no era el riesgo tan inminente como vm. supone. Toda la dificultad consistia en saber por dónde iban los franceses, y entónces ya ve vm. que no era mui difícil evitar un encuentro. Si á esto se agrega el tener mesa y bolsillo abierto en todas partes á boca que pides... pero no nos cansemos. Ahora el que ha podido ha hecho la rosca del galgo, y el que quiere servir, no cree recompensados sus méritos, aunque no sepa leer, sino le promueven conforme á sus locas esperanzas. El interes.... no se sabe lo que puede el maldito interes.

D. L. ¿Y qué dirá vm. de tantos otros que han abandonado sus hogares, sus empleos, sus bienes, sus familias, por dar al usurpador un testimonio nada equívoco de su adhesion á la justa causa? ¿Qué interes pudo moverles á desamparar objetos tan queridos, y exponerse á todo género de privaciones y peligros?

D. J. Despacio, señor, que no todo se ha de decir á un tiempo. Hemos de suponer que en los principios de esta fatal guerra el terror hizo lo mas; pero poco á poco recobrado el espíritu, fuéron las familias restituyéndose á sus casas, y continuáron en sus exercicios como ántes. Es verdad que muchas buenas gentes hicieron tan larga peregrinacion, que no pudieran aunque hubiesen querido, tornar á ver sus antiguas moradas. Entónces ya ve vm. ¿qué otro recurso les quedaba, qué acomodarse al nuevo orden de cosas, y buscar su vida como Dios

les diese á entender? Yo creo desde luego que habrán pasado mui buenas cruxías ; (en esto todos podemos echar pajas), pero al cabo sus ponderados trabajillos solo pudiéron ser útiles á sus almas, si los sufrieron con resignacion. La Patria no los agradece, porque ni eran necesarios, ni mejoráron en manera alguna sus desgracias, y aun quizá los condena, porque al propio tiempo robaban al soldado el alimento indispensable para soportar los grandes trabajos de una campaña.

Tambien dice vm. que algunos emigráron abandonando sus empleos. Vaya ; es mui de alabar la sana benditez con que hace vm. de ellos tan honorífica mencion. Empleados conocí yo que se hallaban..... vamos, la verdad, se hallaban bastante apuradillos ; quiero decir, que no les sobraba nada; y ya ve vm., diéron mil gracias á la Providencia por haberles presentado ocasion tan oportuna de salir de ahogos con algun decoro. ¿Pero prescindiendo de estos, no le lleva á vm. Barrabás al ver ahora á muchos respirar patriotismo por todas sus coyunturas, quando los hemos visto aquí agazapados miéntras les pagaba el amo intruso? Luego que á este le plugo suprimir sus oficinas, ó negarles los sueldos, tomaron las de villadiego; y en esto no hicieron tan mal, porque les iba en ello la vida.... Si por allá han conseguido algun empleillo, válgame Dios y su fortuna, y sino que no vengán á quebrarnos la cabeza, que nada se les debe. Los títulos y grandes propietarios eran personajes que no podian compararse con el común de la nacion. Figuraban tanto, que les era indispensable verse comprometidos; y en la dura alternativa de servir al tirano, ó aban-

donar sus casas, quisiéron mas adoptar este justo partido, porque en el peor caso siempre les quedaba la esperanza de una amnistía general. Pero no es oro todo lo que reluce, suelen decir las malas lenguas. De algunos grandes se cuenta que por despique se han metido á patriotas, despues de haber hecho la corte al rei Pepe, y frustrádose sus esperanzas: de otros que habian llegado á formar el proyecto de alzarse con el santo y la limosna: de otros..... qué sé yo. Hai lenguas tan maldicientes.....

En fin, hubo alguno que no abandonáron empleos ni fortunas, porque no las tenian; pero desamparáron sus familias por huir de la opresion. ¡Raro exemplo de virtud sublime! ¡Dejar en la horfandad y la miseria unas tristes víctimas, expuestas á los ultrages de la soldadesca desenfrenada, por ir acaso á servir de carga en otra parte! No obstante á muchos de estos pobrecitos es preciso hacerles justicia. Faltos de medios para socorrer sus necesidades, se viéron en la dura precision de irse por esos mundos de Dios, como suele decirse, á buscar sus aventuras, siempre con la esperanza que nunca nos abandona de mejorar de suerte. Desengáñese vm., amigo D. Liborio, que todos, todos prescindiendo de un cortísimo número, han obrado por especulacion como los negociantes.

D. L. La maledicencia siempre halla que censurar aun en las acciones mas virtuosas.

D. J. Muchas gracias. Pero vaya, no valgan congeturas, si á vm. no le satisfacen; hablen los hechos. Vm. y yo conocemos una excelente piedra de toque que nunca falla, y nos servirá para descubrir con exáctitud los quilates del

patriotismo de esos pretendidos beneméritos.

D. L. ¿No sé de qué piedra habla vm.?

D. J. Del interes, amigo mio: á su toque nadie se resiste, y mal que le pese al mas hipócrita, la maldita piedra descubre en un momento todas sus flaquezas. No quiero singularizarme, porque no vuelva vm. á tratarme de maldiciente; pero hablando en general, ¿qué idea forma vm. de ese enxambre diabólico de pretendientes que nos tienen ya taladrados los oídos con la jácara fastidiosa de sus mentidos servicios, y que siempre estan murmurando del Gobierno, porque todo les parece corto premio á la grandeza de sus méritos? ¿Qué patriotismo tan desinteresado!

D. L. Cierto que esa conducta no es mui razonable.

D. J. Pues no está ahí lo peor. Lo mas ridículo es que quieran merecer la exclusiva de patriotas, y por haber venido de allende Foncebadon ó las Alpujarras con sendas escarapelas fernandinas, se crean autorizados á mirar con cierto desden insultante al hombre de bien que nada les pide. Y esto amen de ciertos pecadillos ocultos que ya se rezuman, y otros que irá descubriendo el tiempo poco á poco.

D. L. Algo creo que ha habido de eso.

D. J. Y aun algos, decia Sancho. Por de contado vemos muchos, que ántes no tenían donde reclinar su cabeza, dueños hoi de pingües propiedades y gentiles onzas, que no parece sino que las han adquirido por ensalmo. Vaya, dexemos esto, porque se me exalta la bilis. ¿Patriotas! Ya me holgára yo de que fuesen solo hombres de bien.

D. L. ¿Con qué segun la cuenta que vm. for-

ma, apenas hay uno que merezca tal nombre?

D. J. Ya he dicho á vm. que hablo en general. Algunos habrá entre esos que se hayan hecho acreedores al distintivo honroso de patriotas; pero son como garbanzos de á libra. El verdadero patriota no mete ruido, y alguno conoce vm. de este jaez, á quienes quizá se debe en gran parte la obra prodigiosa de nuestra redencion. Ellos han vivido y viven en la obscuridad, y por eso son desconocidos; pero yo no puedo ménos de pagarles el justo tributo de reconocimiento que se debe á sus almas verdaderamente grandes. ¡Qué rasgos tan heróicos no hemos presenciado! Suplicios, bayonetas, tormentos espantosos, nada pudo extinguir el sublime fuego que ardía en sus venas. En medio de los enemigos, y á vista de la vigilante policía comunican á nuestros ejércitos noticias importantes, encubren los espías, proporcionan libertad á los prisioneros, extraen municiones y vestuarios, y emplean los mas ingeniosos recursos por contribuir á costa de su vida á la salvacion de la Patria. Pero véalos vm. hoy confundidos con la multitud. La virtud siempre es modesta.

D. L. Esa es mucha verdad, señor Don Justo. Pero con estas y las otras todavía no hemos salido de la cuestion. Volvamos al principio: ¿qual es la causa del desórden que reina en todos los ramos de la administracion pública?

D. J. Eso se está cayendo de su peso. Habrá alguna culpa en el gobierno, si vm. quiere, porque al fin se compone de hombres; pero le toca una parte mui pequeña. Las manos que emplea, ó como dixe á vm. ántes, los boticarios y enfermeros son los que convierten en

veneno la triaca, parándonos casi incurables.

D. L. ¿Y por qué se vale de ellos el Gobierno?

D. J. Pues ahí está el tope; porque no puede echar mano de otros. Poquitos enemigos tiene ya por motivos que no me importa averiguar, sin que añadiese tambien el desatino de considerarnos iguales á todos los ciudadanos.

D. L. ¿Cómo? ¿No somos por la Constitucion...?

D. J. ¿Qué Constitucion, señor, ni qué calabaza? ¿Ahora llegamos ahí? Yo creí que estaba vm. mas adelantado. Los españoles peninsulares nos dividimos en dos clases ó castas: una de los que han emigrado, y estos se llaman españoles propiamente dichos, ó sea patriotas; y otra de los páparos que hemos quedado aquí, y estos se llaman impuros, ó sea españoles degenerados. Con que ahora ajuste vm. la cuenta. ¿Quién se ha de calzar los empleos? Claro está, los Patriotas. Es verdad que á muchos de ellos no les daría yo mas que el gobierno de alguna insula:

*Para armarles despues una celada,
Y molerles á palos las costillas.*

Pero sí; en esa estima está el manguito: el que ménos, se cree apto para desempeñar un ministerio. No obstante han sabido darse tan buena maña, que llueven sobre ellos gefazgos, intendencias, togas, administraciones y tesorerías, que es una bendicion de Dios.

D. L. ¿Con que á nosotros se nos tiene por indignos?

D. J. No hay duda.

D. L. ¿Pues en qué hemos delinquido para que se haya hecho una distincion tan injuriosa?

D. J. Ahí verá vm. Es verdad que hemos resistido á las sugestiones del interes con una constancia sin exemplo: que hemos arrostrado impávidos la muerte y los horrores del suplicio, ántes que dar al tirano la mas pequeña muestra de benevolencia: que hemos cultivado los campos, y conservado los talleres, que sin eso ya estarían yermos: y en fin que hemos mantenido el sagrado fuego de la insurreccion á costa de penalidades inauditas. Pero ¡infelices! Al propio tiempo el aire pestilente que respiraba el enemigo nos ha contaminado.

D. L. ¡Bueno está eso!

D. J. Pues como iba diciendo, para ellos es todo lo bueno y substancioso que han podido encontrar en esta tierra maldita; y como muchos han quedado reducidos á estrechez de resultas de sus correrías, figúrese vm. si traerán hambre y sed.... de la justicia. Pero da la desgracia, que siendo pocos los buenos bocados, y muchos los hambrientos, es imposible que haya para todos: y aquí es ella. ¡Qué zacape-las arman! ¡Qué de injurias no vierten unos contra otros! Por lo regular murmuran entre dientes, porque no se atreven á llamarse..... á las claras. Mas sin embargo no pierden ocasion de desacreditarse. Por ellos mismos he sabido cosas, que ciertamente no creería sino las atestigüasen tan fidedignos Patriotas. Diz que hay muchos que sino sirviéron á Pepe fué porque no los quiso, y otros que le sirviéron algun tiempo bien y fielmente, por un múdame allá esas pajas, ó lo que es mas probable, porque le viéron despues de capa caída, se llamáron antana, y le quedáron plantado. De otros cuentan que allá en sus peregrinaciones han hecho

buenos á Caco y Verrés. Y unos y otros á fuerza de gritar *delenda est Carthago, mueran los traidores*, han conseguido en parte borrar su manchilla y deslumbrar á los tontos. Con que ahora vea vm. en que buenas manos anda el pandero. ¡Pobre pueblo! Tu triste patrimonio vendrá á ser presa de estas insaciabiles sanguijuelas, si Dios no lo remedia.

D. L. En verdad que presenta vm. un quadro muy poco agradable.

D. J. Cierto, no es para alabar á Dios, pero por desgracia es demasiado exácto.

D. L. ¿Y sucede lo mismo en el ejército?

D. J. Escuse vm. de darle vueltas: todo adolece de un mismo vicio. Por ahí verá vm. coronales, mayores y capitanes que se aumentan y propagan cada dia,

Como en sombrío matorral los hongos,
con unos galonazos y unas charreteras que dan envidia. Es verdad que muchos de ellos lo son por obra y gracia de su querer, que no han necesitado mas; pero en tanto ó no, son reputados dignos hijos de Marte, y andan por esas calles de Dios como unos Cides, y tan llenos algunos de cruces y veneras, que todos se me autojan Gonzalos de Córdoba. ¿Y qué diremos...?

D. L. Basta, basta por Dios, señor Don Justo; no prosiga vm. que harlo conozco ya la horrorosa sima de males en que yacemos. Yo esperaba que sus reflexiones suavizasen mis penas; pero añaden mas y mas amargura á mi corazon. ¿Cómo pudiera yo imaginar que tan venenosos frutos habia de haber producido la her-

mosa sangre vertida en defensa de nuestra libertad?

D. J. Pues debía vm. tener previstos estos ó aun mayores males. Ellos eran consiguientes á la revolucion y al estado de nuestras costumbres, ó mentiría la historia de todos los siglos. Pero el tiempo lo remediará todo. Del desórden mismo nacerá el órden que deseamos, y quando el Gobierno llegue á fixarse sobre bases bien sólidas, entónces podrá obrar con la libertad y energía que hoi le falta.

D. L. ¿Y por qué le falta? ¿Por qué no emplea el hierro y el suplicio para hacerse obedecer?

D. J. ¡Horrible sistema! No creía que fuese vm. capaz de proponerle. Empleen enhorabuena ese recurso los tiranos para afirmar un trono manchado con sangre, ó levantado sobre la injusticia. Pero ¡léjos de nosotros tan detestable como infructuosa medida! Necesario es á veces usar de la fuerza pública para hacer entrar á los hombres en su deber; mas este medio violento no debe emplearse sino con una extrema circunspeccion. ¿Y nuestro Gobierno lograría acaso con él inspirar la confianza que necesita? Pues este es el mejor garante de su estabilidad.

D. L. ¿Y adónde recurrir para conseguirlo?

D. J. El remedio que yo encuentro es lento y difícil, pero infalible en sus resultados. La semilla del error y de los vicios ha echado ya hondas raíces en nuestro corazon, y solo á fuerza de tiempo y de constancia podrán reformarse la opinion y las costumbres. EDUCACION, amigo, EDUCACION: este es el único remedio capaz de detener los rápidos progresos del veneno mortífero que cunde ya en todas las clases del Estado, y que mina insensiblemente los cimientos del cuerpo político. Entretanto es mui arriesgado in-

tentar otras reformas radicales; es necesario que vaya adelante la opinion, y esto solo puede recavarse del tiempo y de las luces.

D. L. ¡Ay amigo! Esa idea presenta un dichoso porvenir, pero muy lejano.

D. J. No tan distante como vm. le juzga. Des-tiérrese por primer paso esa ridícula distincion que nos divide en castas, y es ahora el primer obstáculo que impide la union necesaria entre todos los miembros del Estado, y entónces hermanados todos los ciudadanos, empezarán á respirar los buenos que yacen hoy oprimidos en la obscuridad. Entónces verá vm. cómo una multitud de sabios desplagan sus luces para hacer conocer y amar el gobierno, y consolidarle. Seamos todos iguales delante de la lei, y merezcan solo la atencion del Gobierno los hombres beneméritos que se han preservado del contagio general. Los que han emigrado, y los que han permanecido en sus casas, ya conservando sus fortunas y familias, ó ya desempeñando con integridad las funciones de sus respectivos empleos, todos deben merecer igualmente de la Patria, si han contribuido, aunque por distintos caminos, al bien de la nacion. Entre unos y otros todavía se hallan hombres ilustrados é incorruptibles, que colocados al frente de los negocios podrian salvar la Patria de la ruina que la amenaza. Confiese á estos la direccion de todos los ramos de interes público, y pronto verá vmd. establecido un sistema constante y uniforme, y conseguido el triunfo de la justicia sobre la iniquidad. ¡Cómo alentarían entónces los buenos! ¡Con qué rapidez no se propagarían los sanos principios del honor, que hoy tiene cifrados la ignorancia en la opresion

y el luxo! Entonces la envidia y la calumnia enmudecidas ¿cómo osarían penetrar hasta el santuario de la justicia? Desaparezcan de entre nosotros esas armas infames que solo emplea el malvado, y verá vm. desvanecida la fatal lucha de opiniones, que ellas sostienen y fomentan; y entónces restablecida la confianza y amistad que inspiran la buena fé y el deseo sincero del bien, reposará firme el Gobierno, qualquiera que sea su sistema, sobre los sólidos cimientos de la justicia y el amor de los pueblos.

D. L. Así sea. Plegue al cielo que podamos decir un dia: «hemos recobrado nuestro antiguo esplendor á despecho de la corrupcion y de la ignorancia.» = *S. S. M.*

VALLADOLID:

EN LA IMPRENTA DE SANTANDER.

AÑO DE 1813.

15
 y el lujo! Entonces la envidia y la calumnia
 se multiplican: como osaban pensar hasta el
 señalamiento de la justicia! Desaparecen de entre
 nosotros esas almas íntimas que solo en el
 el malvado, y verd. vni. desvanecida la fatal
 lucha de opiniones, que ellas sostienen y es-
 mentan; y entonces restablecida la confianza y
 amistad que inspiran la buena fe y el deseo
 sincero del bien, reposará firme el Gobierno;
 cualquiera que sea su sistema, sobre los sólidos
 cimientos de la justicia y el amor de los pueblos.
 T. A. Así sea. Plague al cielo que podamos decir
 un día: «hemos recuperado nuestro antiguo ex-
 plendor á despecho de la corrupción y de la
 ignorancia.» = S. S. M.

VALLEADOLID:

EN LA IMPRENTA DE SANTANDER.

AÑO DE 1813.